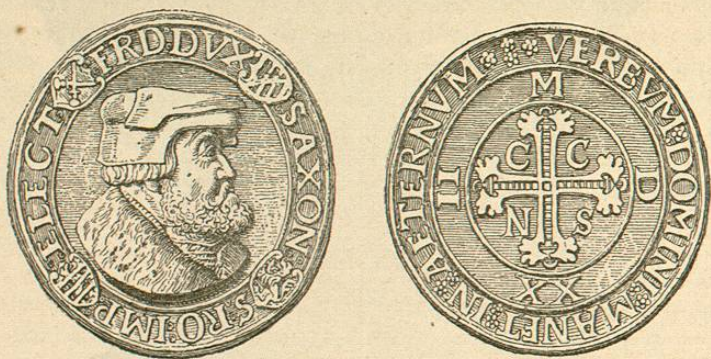


(lés-Clayes), en Dampierre y en Limours, en donde estuvo durante los días de Carnaval. «Y de día en día los que le rodeaban encontrábanle muy cambiado de compleción y de modo de ser.» Desde Limours se fué á Rochefort-en-Yvelines, en donde todavía cazó durante los días 25, 26 y 27 de febrero; después proyectó volver á Saint-Germain, pasando antes algunos días en Rambouillet, «á causa de su afición á la caza y á la cetrería.» De nuevo le acometieron las fiebres continuas y tuvo otro abceso que le abrieron en 21 de marzo, operación desesperada puesto que desde el día 10 estaba

casi en la agonía (1). En la noche del 31 de marzo, entre una y dos de la madrugada, dejó de existir, muriendo animosamente. El delfín, según parece, dió muestras de gran dolor, y Mme. de Etampes, en una habitación próxima, lanzaba terribles gritos. Hecha la autopsia, se encontró «un apóstema (tumor purulento) en su estómago, los riñones estropeados..., el pulmón dañado.»

(1) C. Paillard, *La mort de François I et les premiers temps du règne d'Henry II (avril-juin 1547)*, «Rev. Histor.», t. V, 1877. Véase en la pág. 162 el juicio acerca de Francisco I.



Taler de plata de Federico el Sabio, príncipe elector de Sajonia. (Museo Numismático de Berlín.)

LIBRO OCTAVO

LA POLÍTICA DE ENRIQUE II (1)

CAPITULO PRIMERO

EL NUEVO REY Y LA NUEVA CORTE

I. Enrique II.—Montmorency y los Guisa.—II. El principio de autoridad.

I.—Enrique II, Montmorency y los Guisa

Francisco I desapareció muy pronto totalmente, sin dejar huella alguna. Apenas celebrados sus solemnes funerales, en los que se pronunciaron algunas oraciones fúnebres de las que no se podía prescindir, constituyóse un nuevo personal de gobierno, con el consenti-

miento tácito de su hijo, que por debilidad ó por rencor no se opuso á ello: Enrique II, como rey, no olvidó ninguna de las amarguras del delfín, y el ejercicio del poder ni le cambió ni le mejoró.

Enrique II era alto, robusto; gustábanle los ejercicios violentos, la pelota la equitación, las armas, la caza; y tenía fama de muy valiente, aun cuando nunca se le viera en los campos de batalla, en los que no se presentó en todo su reinado. Era sumamente frío, de alma insensible, de mediana inteligencia y de un carácter débil sobre toda ponderación; su rostro correcto, pero largo, inmóvil, descolorido, produce realmente la impresión de un personaje sin ninguna representación y sin nin-

(1) BIBLIOGRAFÍA. No hay una buena historia que trate en conjunto del reinado de Enrique II: los documentos oficiales no han sido completamente clasificados y sólo se han editado un corto número de ellos; la mayoría de las Memorias son en extremo sospechosas y de ellas se han tomado precisamente las muchas anécdotas que continúan circulando en casi todos los libros. De las monografías escritas sobre los personajes de la época, unas están documentadas y otras no son sino obras de segunda mano.

FUENTES. *Corps universel diplomatique de Du Mont; Fœdera conventiones de Rymer; Relations des ambassadeurs venitiens; Le Relazioni degli ambasciatori Veneti; Papiers d'Etat du cardinal de Granvelle*, tomos IV y V; *Negotiations de la France avec la Toscane*, tomo III; *Negotiations de la France dans le Levant*, tomo II; *Relations politiques de la France avec l'Ecosse*, tomo I. (Véase sobre estas compilaciones lo que hemos dicho anteriormente, en la pág. 265). Agréguese: G. Ribier, *Lettres et Mémoires d'Etat* (véase pág. 311), tomo II, 1547-1559. *Mémoires de François de Lorraine, duc d'Aumale et de Guise, concernant les affaires de France... pendant les années 1547 à 1561* (Michaud y Poujolat, tomo VI, 1839); *Lettres inédites de Catherine de Médicis*, publicadas por H. de la Ferrière, tomo I, 1880 («Collect. des doc. inéd. sur l'Hist. de France»). *Lettres inédites de Dianne de Poytiers*, publicadas por G. Guiffrey, 1866. *Lettres d'Antoine de Bourbon et de Jehanne d'Albret*, publicadas para la «Soc. de l'Hist. de France» por el marqués de Rochambeau, 1877.

Las *Mémoires de Brantome* (véanse páginas 159 y 265), utilizándolas con precaución, ofrecen gran abundancia de hechos relativos á la época de Enrique II, ya que su autor estuvo en relaciones con los personajes más notables de aquel tiempo. Las de

Monluc (véase anteriormente, página 311), importantes para la historia militar, no deben ser aceptadas sin comprobación. Agréguese: *Mémoires du sieur François de Boyvin, chevalier, baron du Villars, 1550-1559* (Michaud y Poujolat, tomo X, 1838). Francisco de Rabutin, *Commentaires des dernières guerres en Gaule belgique* («Pantheon littéraire», 1836). Las *Mémoires de Gaspard de Saux Tavaannes, 1530-1573* (Michaud y Poujolat, tomo VIII), deben ser descartadas, lo propio que las llamadas de Vieilleville; véase C. Marchand, *Le maréchal François de Scepeaux de Vieilleville et ses mémoires*, 1893.

OBRAS DE CONSULTA. *Histoire universelle de Jacques Augusto de Thou, depuis 1543 jusqu'en 1607, traduite sur l'édition latine de Londres*, tomos I y II, 1734. F. B. von Bucholtz, *Geschichte der Regierung Ferdinand des Ersten* (véase pág. 265). F. Decrue, *Anne duc de Montmorency, connétable et pair de France, sous les rois Henri II, François II et Charles IX*, 1889. A. de Ruble, *Antoine de Bourbon et Jeanne d'Albret*, tomo I, 1881. J. Delaborde, *Gaspard de Coligny, amiral de France*, tomo I, 1879. C. Marchand, *Charles I de Cossé-Brissac, comte de Brissac et maréchal de France, 1507-1563* (tesis de la Fac. de Rennes), 1889. Dupré-Lasale (E.), *Michel de l'Hospital avant son élévation au poste de chancelier de France*, tomos I y II, 1875, 1899. P. de Vaissiere, Charles de Marillac (véase anteriormente, pág. 311). R. de Bouillé, *Histoire des ducs de Guise*, tomo I, 1849. H. Forneron, *Les ducs de Guise et leur époque*, tomo I, 1877.

FUENTES Y OBRAS GENERALES PARA LOS CAPÍTULOS I Y II. Lanz, *Correspondens des kaisers Karl V*, tomo III. Jansen, tomo III, G. de Leva, tomo V (véase anteriormente pág. 265). Las obras particulares se indicarán en el curso del capítulo.

CUADRO SIMPLIFICADO DE LA FAMILIA REAL

Enrique II se casa con Catalina de Médicis.						
Francisco II nacido en 1544.	Isabel nacida en 1545, se casa con Felipe II.	Claudia nacida en 1547 se casa con Carlos III de Lorena.	Carlos IX nacido en 1550.	Enrique (III) nacido en 1551.	Margarita nacida en 1552 se casa con Enrique (IV).	Francisco nacido en 1554.

guna energía. Su constante costumbre de vivir al lado de una mujer que tenía veinte años más que él y que no se imponía por ninguna superioridad intelectual; esa existencia que compartían tranquilamente la esposa legítima y la querida; la regularidad de esa vida de tres personas unidas por tan distintos vínculos, todo revela en él sentimientos vulgares. Su misma solicitud para con sus hijos, que tanto le han alabado, aun siendo tan paternal como era, sólo se manifestó por mezquinas preocupaciones referentes al alojamiento, al lecho y al traje.

Su debilidad se patentiza en sus relaciones con Montmorency. En los comienzos de su reinado, apenas muerto su padre, no piensa más que en una cosa, en reunirse con el condestable, con quien se encierra durante varios días en Saint Germain, como si tuviera gran prisa por proclamar el yugo á que se sometió, y á quien en 1559, en medio de los graves peligros y de negociaciones espinosas seguidas con España, escribía: «No viéndooos, los días me parecen años,» ó bien: «No temáis en ponerlos á rescate, sea cual fuere el precio, porque no omitiré cosa alguna que esté en mi poder, para volver á teneros...» «Suplico á Dios y á Nuestra Señora que pueda verme libre lo más pronto posible de la pena que siento por haberos perdido de vista.» En los mismos términos escribe á Diana de Poitiers cuando está lejos de ella: no puede estar sin una compañía. Y cuando insta á Montmorency para que haga la paz, cosa que tanto deseaba el propio condestable, á fin de que pudiera salir del cautiverio y volver más pronto á su lado, hace el efecto de un niño cuya debilidad no puede prescindir de un apoyo. «Sire, vous n'êtes plus, vous n'êtes plus que cire.» (Señor, ya no sois vos, no sois más que cera), he aquí un juego de palabras de la época que expresa exactamente la verdad.

De modo que Enrique estuvo siempre dominado: en su vida íntima por Diana de Poitiers, en su vida de soberano por Montmorency; y si éste no continuó siendo dueño absoluto del poder, fué no porque el rey variara de modo de ser, sino porque los Guisas se impusieron y entraron á compartir la autoridad. Y de tal manera es así, que en vano buscamos al rey en su reinado, puesto que en todo se dejó guiar por los demás. En el «Viaje de Metz», de 1552, obsérvase esto de una manera muy especial: entonces el condestable dirigía los asuntos en Metz y Francisco de Guisa en Lorena, y cuando ambos se juntaron para encaminarse hacia el Rhin, llevaban detrás de ellos al rey, triunfante, sí, pero anulado.

No tuvo personalidad más que en su egoísmo, menos ingenuo é inconsciente que el de Francisco I; en su orgullo, más altanero y más áspero; y en sus odios, que fueron sombríos y sanguinarios. No supo perdonar á ninguno de los que habían servido á su padre y fué cruel con todos aquellos que atentaron contra la vanidad real.

El día 2 de abril reorganizó el rey el Consejo de los negocios (1), en el que hizo entrar ó conservó al rey de Navarra, al cardenal de Lorena, al duque de Vendôme, al arzobispo de Reims, al condestable, al canciller,

(1) Acerca de este Consejo véase pág. 172.

al conde de Aumale (2), á los señores de Sedán, Humieres y Saint-André, padre é hijo, al presidente del Parlamento, Bertrand, y al señor de Villeroy. Este consejo debía reunirse todas las mañanas y á él asistían los cuatro secretarios de Hacienda. Otro consejo, denominado de la tarde, se componía de los mismos personajes á los cuales se agregaban los cardenales de Borbón, de Ferrara, du Bellay y de Chatillon, los duques de Nevers, de Guisa y de Etampes, los obispos de Soissons y de Coutances y el primer presidente de Ruán. Los relatores presentaban sus informes sobre diversos asuntos particulares á este consejo, el cual, sin embargo, se ocupaba principalmente de la administración del reino.

El primero de estos dos consejos es incomparablemente el más importante y la lista de sus miembros (3) nos da desde el primer día los nombres de los personajes que durante más de diez años iban á dirigir el gobierno en nombre del rey.

Montmorency contaba entonces cincuenta años: gran maestre de la casa del rey, condestable y mariscal de Francia (4), recibió en 1551 la dignidad de duque y par (5), igualándose de este modo con los hombres más ilustres del reino, excepción hecha de los príncipes de la sangre. Tenía numerosa descendencia, cinco hijos y siete hijas, pero eran todavía demasiado jóvenes para ayudarle, pues el mayor de sus varones, Francisco, contaba apenas diez y ocho años en 1547 y no debía darse á conocer como militar casi hasta el sitio de Metz, á las órdenes de Francisco de Guisa.

Sus aliados más útiles y á los cuales trataba de encumbrar á los más altos cargos eran por aquel entonces los miembros de la familia de Coligny, Odet, Gaspar y Francisco, hijos de Gaspar de Coligny y de Luisa de Montmorency. Odet había nacido en 1517 y sido nombrado cardenal en 1533 y más adelante obispo conde de Beauvais, después de haber ocupado la archidiócesis de Tolosa. Gaspar, que tanta celebridad alcanzó como almirante Coligny, nació en 1519 é iba á ser nombrado coronel general de infantería y en 1552 almirante. Francisco, señor de Andelot, nacido en 1521, llegó á ser coronel general de infantería, después de su hermano. Estos tres hombres hallábanse en 1547 en todo el vigor de su edad y estaban dotados de gran actividad, inteligencia y energía; su estrecha unión (6) dábales mucha fuerza y devolvían á Montmorency una parte del apoyo que de él recibían. Al igual que ellos, los de Humieres, los Gouffier y los Cossé-Brissac es-

(2) El cual fué creado duque y par de Aumale á fines de 1547, á pesar de las advertencias del Parlamento. Es el futuro Francisco de Guisa.

(3) Los nombres varían ciertamente en los distintos documentos, lo cual se debe á que el consejo no tenía unas nóminas cerradas, sino que se asistía á él á una indicación del rey y se dejaba de asistir cuando se estaba ausente de la corte por cualquier motivo. Los personajes que quedan mencionados son los miembros más asiduos ó más influyentes del mismo, sobre todo los primeros.

(4) A pesar de su elevación á la condestabla, había conservado este último título, habiendo sido necesarias largas gestiones para inducirle á renunciar á él; véase la página siguiente.

(5) Véase pág. 190.

(6) Un grabado de fecha posterior que se hizo popular, los representa en grupo, con este epígrafe: *Colignai fratres*.

taban unidos al condestable por alianzas de familia y por comunidad de intereses, lo que no era óbice para que, cuando les convenía, sirvieran á los Guisa (1).

Montmorency trataba también de tener algunas hechuras suyas en el Parlamento y en el ejército; pero gozaba de pocas simpatías á causa de la brutalidad de su modo de ser: altanero, inquebrantable y brusco, tenía fama de intratable; nadie se atrevía á hablarle y menos á contradecirle, de tal manera que cuando se trató de decidirle á renunciar al título de mariscal de Francia, nadie quería encargarse de hacerle saber el deseo del rey. Era realmente tener «que habérselas con un señor que, en un movimiento de cólera, habría tratado de cualquier modo al más digno príncipe de Francia, y no había en la corte del rey alma viviente que no le temiera.» Cuéntase que en una de las sesiones del Consejo de los negocios, á la que asistían cardenales, príncipes de la sangre y el canciller, el condestable, sin preocuparse de estos personajes tan ilustres por sus dignidades, tomó la palabra y, «según su costumbre de no ceder por nadie,» emitió y casi impuso su parecer, como solía hacerlo con frecuencia.

Además, se le tenía por avaro y era codicioso; sostuvo litigios de dudosa buena fe, y otorgó más de una vez su protección á personajes comprometidos, como M. de Chateaubriand, mediante la condición de que hicieran testamento en favor suyo. El pleito incoado con motivo de la sucesión de M. Chateaubriand resultó en 1549 otro asunto muy equívoco, el de los bienes confiscados al contralor general, Lamberto Megret, una parte de los cuales habían sido donados por Francisco I al condestable: los adversarios de éste afirmaban que después había transigido con los herederos de Megret haciendo que les fuese indebidamente abonada por el Tesoro la enorme suma de seis millones de escudos de oro. El mismo Consejo privado era poco favorable á Montmorency, el cual presentó contra sus adversarios una querrela por difamación, obligándoles con ello á retractarse por miedo á su enemistad, que tanto temor inspiraba á todo el mundo.

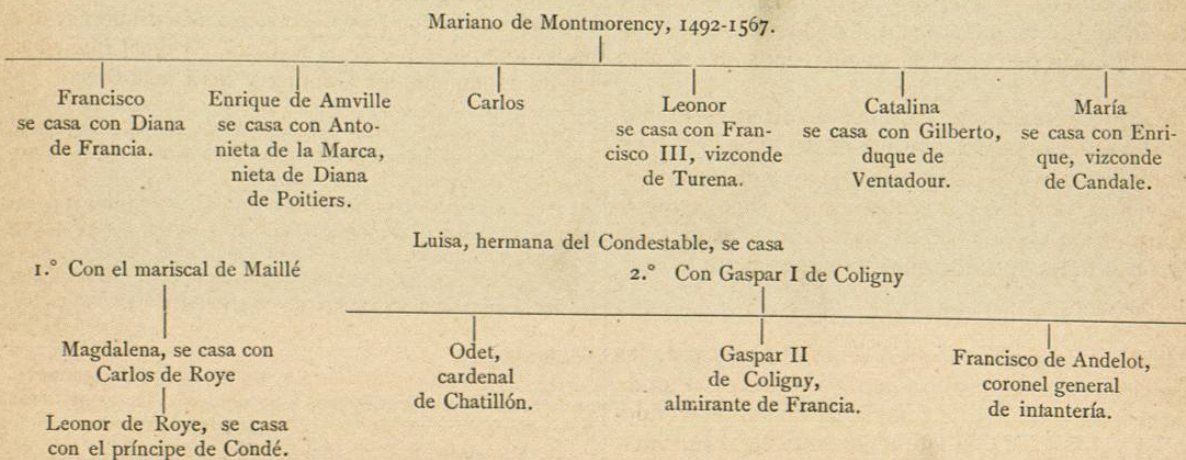
La aventura de su hijo Francisco con la señorita de Piennes demuestra perfectamente hasta qué punto lo subordinaba todo á su ambición. Francisco había ama-

do á la señorita de Piennes que pertenecía á la nobleza y á quien había conocido en la corte, en donde desempeñaba el cargo de doncella de honor; la joven se había entregado á él, previa promesa de casamiento, cuando Montmorency se propuso casarlo con Diana, hija legítima de Enrique II, enlace mediante el cual entraban los Montmorency en la familia real. El condestable, al enterarse de la unión contraída por su hijo, permaneció trece días encerrado: «Y no es creíble, escribía el embajador imperial, la demostración de sentimiento que por ello ha hecho y continúa haciendo, no sólo con llantos y gemidos y palabras contra su suerte, sino también con actos.» «Y se halla el dicho condestable dominado por la melancolía y por la pena, que todos interpretan como castigo divino, y tal es la burla de sus envidiosos y adversarios, que hasta la gente baja se mofa de él.» Para romper aquella unión, apeló á los más reprobables subterfugios (2), haciendo publicar el edicto contra los matrimonios secretos (1557), al que se dió, contra todos los principios de derecho, un efecto retroactivo, é influyendo en Roma cerca del papa á fin de obtener la anulación del acto, lo que motivó que la política italiana de Francia estuviese supeditada á esta cuestión.

Como era poderoso, Montmorency tuvo aduladores en Francia y encontró aparentes simpatías en el extranjero: «Además de esto, escribía Carlos V, buscad la oportunidad de hablarle aparte y manifestadle cuán grande ha sido nuestra satisfacción al saber su regreso á la corte y la estimación que el dicho señor rey le profesa al presente, estando por nuestra parte completamente seguros... de que ayudará siempre á la continuación y observancia de buena y perfecta amistad entre el dicho rey y nosotros..., y en cuanto á que antes nos hayamos mostrado fríos con él, ha sido, y no dudamos de que lo comprenderá bien, para no perjudicarle más creyendo hacerle un favor.»

Casi en seguida tuvo Montmorency enfrente de él á la familia de Guisa. El personaje más importante de ésta no había sido en tiempo de Francisco I, ni lo fué en el de Enrique II, Claudio de Guisa, á pesar de sus títulos de duque y par, de conde de Aumale, de mar-

(1) CUADRO SIMPLIFICADO DE LA FAMILIA DE MONTMORENCY EN TIEMPO DE ENRIQUE II



(2) De Ruble, *François de Montmorency, gouverneur de Paris et de l'Ile-de-France*, «Mem. de la Soc. de l'hist. de Paris,» tomo VI, 1879.

qués de Elbeuf y de Mayenne y de barón de Joinville, á pesar de su cargo de montero mayor y á pesar de su casamiento con Antonieta de Borbón. El verdadero hombre de acción y de gobierno fué el cardenal Juan de Lorena, hermano de Claudio; miembro del Consejo real desde 1530. El duque y el cardenal habían caído en desgracia á fines del reinado anterior; pero al igual que Montmorency fueron rehabilitados en el reinado nuevo, conservando su crédito hasta 1550.

Claudio tuvo diez hijos (1), seis de ellos varones: el más ilustre, Francisco, contaba en 1547 veintiocho años y después de 1550 había de ser duque de Guisa y heredero de la montería mayor y en 1551 había de quitar á la casa de Longueville el cargo de gran chambelán. Por su casamiento con Ana de Este, nieta de Luis XII por su madre Renata, efectuado en 1549, emparentó con la casa real de Francia. Su hermano Carlos, nacido en 1524, era arzobispo de Reims desde 1538 y fué nombrado cardenal en 1547: éste es el segundo cardenal de Lorena. Otro hermano, Luis, arzobispo de Sens, iba á ser promovido á la dignidad cardenalicia en 1553: éste es el cardenal de Guisa. Claudio, nacido en 1526, tomó el título de duque de Aumale cuando Francisco pasó á ser duque de Guisa; Francisco (segundo de este nombre) fué general de las galeras; y el último, Renato, fué marqués de Elbeuf. La hermana mayor, María, nacida en 1515, reina de Escocia desde 1538 por su casamiento con Jacobo V «era de hecho, desde 1542, regente del reino, gobernando en nombre de su hija María Estuardo.

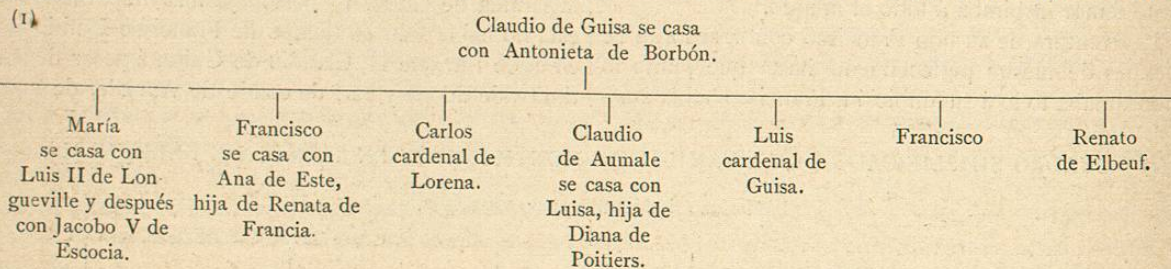
Los Guisa aspiraron ciertamente á dominar en absoluto en el gobierno y subordinaron aún más que Montmorency los asuntos de Francia á sus miras personales. El papel que desempeñaron fué más grandioso que el que representó el condestable, lo cual se debe en primer término á que pertenecían á dos familias soberanas fuera de Francia (2): como Lorenas tenían ciertos derechos propios sobre el reino de Nápoles, por ejemplo; como emparentados con la familia real de Escocia,

representaban la política de un Estado independiente. Podían hacerse, según las circunstancias, franceses ó extranjeros.

La magnitud de su papel dependió también del valor personal de algunos de ellos. Francisco fué un guerrero notable al propio tiempo que un político muy prudente; la cortesía de sus modales y la amabilidad con que siempre acogía á la gente le aseguraban las simpatías que con su brusquedad se enajenaba Montmorency. El cardenal de Lorena, que, según Brantome, tenía «el alma muy embadurnada,» era suntuoso, fértil en recursos, ingenioso y tan cauteloso como falto de escrúpulos; fanático por profesión, pero incrédulo en el fondo, fingía ser en materias de iglesia hombre de gobierno y utilizaba su condición de eclesiástico para hacerse un sitio aparte en el gobierno. Carlos y Francisco eran por sí solos quienes mandaban en la nobleza y en el clero, sobre todo en éste, mucho más que Montmorency.

La casa de Borbón estaba representada por los Vendome, rama masculina (3): el jefe de esta última familia, Carlos de Borbón-Vendome (1489-1537), había permanecido fiel á Francisco I y le había prestado grandes servicios, sobre todo en tiempo del cautiverio de Madrid, habiendo obtenido como recompensa la erección de Vendome en ducado-pairía. Su segundo hijo, Francisco de Enghien, el héroe de Cerisoles, había sido muy tiernamente amado por el rey, y su muerte, ocurrida en 1546 (4) pareció muy sospechosa, creyendo algunos que ciertos rivales suyos en ambición quisieron desembarazarse de un príncipe demasiado glorioso. En 1547 había todavía cinco hijos de Carlos, á saber: Antonio de Vendome, Carlos, Juan, Luis y Margarita (5).

Al subir al trono Enrique II, los Borbones hallábanse reducidos casi á la condición de cortesanos y figuraban especialmente en los altos cargos y en las compañías de ordenanza. Además, Juan y Luis eran muy jóvenes y á Carlos, que había ingresado en la Iglesia y sido nombrado cardenal en 1548 y arzobispo de Ruán

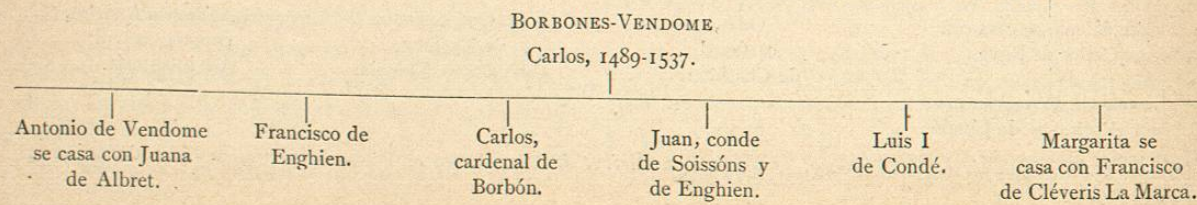


(2) Cuando les convenía, alegaban esta situación especial; así Claudio de Guisa, que en Francia sólo tenía el título de conde, había reclamado ya en 1517, cuando la consagración de Francisco I, la precedencia sobre los mismos duques, por ser, según decía, hijo de soberano.

(3) Véase pág. 175.

(4) En uno de esos juegos violentos á que tan aficionados eran los jóvenes nobles de la corte y que iban mezclados con bromas brutales y burlas groseras, recibió en la cabeza un mueble que, se dice, le arrojaron desde una ventana por pura diversión; esto no obstante, se supuso que la intención no había sido tan inocente.

(5) CUADRO SIMPLIFICADO DE LA FAMILIA DE BORBÓN EN TIEMPO DE ENRIQUE II



ENRIQUE II, REY DE FRANCIA

Cuadro de Francisco Clouet, existente en la galería Pitti (Florencia)

en 1550, se le consideraba como personaje mediocre é insubstancial. En el nuevo reinado, iban, sin embargo, los Borbones á recuperar su antigua posición de grandes señores territoriales y aun á adquirir el prestigio de príncipes soberanos merced al casamiento de Antonio de Vendome con Juana de Albret (1).

Entre los personajes de segunda fila figuraba M. de Saint-André, cuyas intrigas, bajas ambiciones y ostentación son en extremo características de la época. Habíase distinguido en la batalla de Cerisoles y gozaba del favor de Enrique II, quien le nombró primer gentil-hombre de su cámara, situación de la cual se aprovechó para obtener los más altos cargos, habiendo logrado que se despojara á Montmorency de su mariscalato y que se le adjudicara á él. Brantome habla de Saint-André como de un caballero muy derrochador, ensalza la abundancia exquisita de su mesa y la belleza de los muebles raros que le gustaba coleccionar, y menciona las magnificencias de su castillo de Valery en el Senonais. Había heredado este personaje el castillo de Tournel, en Auvernia, que mandó reedificar casi por completo y decorar con suntuosidad, lo que le obligó á contraer deudas. Para subvenir á todas estas prodigalidades, necesariamente había de recurrir á exacciones contra sus pequeños vasallos y sus terrazgueros, ó á procesos inicuos que ganaba gracias al favor de que gozaba y que todo el mundo conocía, y al terror que inspiraba en Auvernia, país que siempre fué presa del despotismo feudal. Morirá en la batalla de Dreux, 1562, matado fríamente al final del combate por un hidalgo protestante que se vengó así de una larga serie de injusticias de que él y su padre habían sido víctimas. Precisamente porque no tenía escrúpulos ni moralidad era Saint-André uno de esos hombres á quienes temen ó necesitan otros más poderosos. Desde los comienzos del reinado de Enrique II, iba á representar su papel entre los Guisa y los Montmorency.

El advenimiento de su esposo al trono había sacado á Catalina (2) de la situación retraída y casi peligrosa en que se había encontrado durante los primeros años de su matrimonio; por otra parte, el nacimiento de un hijo, en 1544, y de una hija, en 1545, la había hecho invulnerable. Contaba entonces veintiocho años; su cuerpo se había desarrollado, siendo objeto de generales elogios la perfección de sus brazos y el brillo aterciopelado de sus ojos; comenzaba á hablar como reina y no tenía reclamar los derechos inherentes á su título. El rey, al partir para la campaña de Metz, en 1552, no pudo negarse á nombrarla regente, pero puso á su lado un Consejo encargado de ayudarla y también de vigilarla. No dejó ella de reclamar contra tal resolución y ya en aquella circunstancia la vemos portarse de la manera que tanto la caracterizará andando el tiempo y que consistía en no precipitar nada, sortear las dificultades y obrar solapadamente. El canciller escribía que Catalina había querido conocer los términos en que estaba concebido el poder que le había sido otorgado y que había quedado muy poco satisfecha. Según parece, durante la lectura del documento dijo, sonriéndose, que

en unas cosas se le daba mucha autoridad y en otras muy poca, que el rey le había hablado de poderes mucho más amplios que los que en realidad le dejaba y que no quería publicar el edicto que la rebajaría demasiado, siendo ella quien era, prefiriendo atenerse á una regencia de hecho y, por ende, mucho menos limitada. Hacía ver que intervenía en los negocios y se jactaba ante el condestable de haber aprendido muy pronto el oficio de proveedor, dando á entender con ello que enviaba muchos víveres al ejército del rey; pero éste le contestaba con bastante ironía: «Amada esposa, me escribís que la provisión de víveres continúa por ahí, pero os advierto que hasta ahora no hemos notado



Eduardo VI de Inglaterra, cuando niño. Dibujo de Hans Holbein (colección de Windsor)

en lo más mínimo los socorros que de vuestra parte vienen.»

Durante todo el reinado de Enrique II nada permitió prever el papel que Catalina había de desempeñar á partir de 1560; las memorias de la época hablan muy poco de ella y no se le conocen intrigas ni pasiones; como el rey, se ocupa mucho de sus hijos, los vigila y se interesa por los menores detalles de su salud, de su instalación y de sus vestidos; su correspondencia es enteramente familiar, íntima, es la correspondencia de una señora cualquiera, casi de una mujer de la clase media.

Diana de Poitiers (3), que contaba cuarenta y ocho años, había conservado un resto de belleza que prestaba todavía cierto encanto á una unión ya convertida en hábito, y resulta mucho menos dominadora de lo que aparece en la leyenda: es indiscutible que ejerció un gran poder sobre el débil corazón de Enrique II, que fué codiciosa, brusca, dura y que su fanatismo se juntó al del rey, al de Montmorency ó al de los Guisa; pero no fué ella ciertamente quien reinó en nombre del rey.

Para asegurar su fortuna, mostrése muy atenta con todo el mundo, particularmente con la reina, la cual

(1) Véase más adelante, pág. 336.

(2) Véase la bibliografía de la pág. 311 y Bouchot, *Catherine de Médicis*, 1899.

(3) Véase pág. 166.